

**PLATICA DEL REVERENDO PADRE BERNARDO
MONSEGU, C. P., EN EL SANTO SACRIFICIO DE LA MISA
CON QUE SE INICIO LA VIII REUNION DE AMIGOS
DE LA CIUDAD CATOLICA**

Señores y amigos: ¡Qué hermoso y agradable es ver a los hermanos reunidos! Esta, que es palabra de la Escritura, tiene perfecta aplicación en nuestro caso.

Hermanos en Cristo y hermanados también por la peculiar preocupación o compromiso de trabajar con todas nuestras fuerzas para que el mensaje de Cristo se haga carne en vosotros y fuera de vosotros, hacéis un acto de presencia comunitaria, buscando unos días de convivencia, a fin de estimularos y ayudaros mutuamente a convertir en realidad, mediante el estudio, la meditación y el diálogo, el ideal que mueve esta Obra de formación ciudadana y cultural según los principios cristianos.

Pero antes de iniciar los trabajos, queréis aquí, reunidos en torno a la mesa del Señor, dar testimonio comunitario de vuestra fe y tomar aliento para fortaleceros espiritualmente y cumplir con mayores garantías de éxito vuestro cometido. Permitidme, pues, una breve exhortación, refrescando ideas que sé sobradamente que ya tenéis en la mente y el corazón.

Este vuestro encuentro comunitario me gustaría que estuviese impregnado e inspirado en el espíritu de la primitiva comunidad cristiana. No porque yo crea que hay que volver a aquella situación primera de la cristiandad para renovarnos y ser fieles al mensaje de Cristo, como piensan algunos, que incurren en ese primitivismo ridículo aludido por Pablo VI en la "Ecclesiam suam", sino por otras razones. Hay quienes entienden la vuelta a las fuentes o los orígenes como un paso atrás. Querrían, por ejemplo, desmochar o hacer astillas del árbol institucional de la Iglesia, quitándole el ramaje que la geografía y la historia han

ido agrandando a través de los tiempos, para volverlo a las catacumbas, cuando no al Calvario o la gruta de Belén. Ignoran que todo germen vivo necesita expansión y crecimiento, y que sólo saliendo del estado de germen puede lograr su perfección.

Estos no entienden bien la vuelta a las fuentes. Esta vuelta supone pura y simplemente que sepamos, en nuestro momento histórico y en nuestra circunstancia de hoy, mantener viva y operante la instancia permanente cristiana, haciendo en nuestro mundo de hoy, harto paganizado, lo mismo que hicieron los apóstoles y primeros cristianos en el suyo. Y para ello vamos a beberles el espíritu. Eso significa volver a las fuentes: hacer nuestro el espíritu de aquella primera auténtica comunidad cristiana.

La auténtica comunidad cristiana está constituida por unas relaciones, cuya coordinación y actuación consciente se traducen en una verdadera comunión entre los miembros que la integran. Esas relaciones son, más o menos, éstas: *a)* relación de los cristianos con Dios por medio de Cristo en el Espíritu Santo; *b)* relación de los cristianos entre sí; *c)* relación de los creyentes con el mundo que no cree para llevarlo al redil de Cristo.

La comunión cristiana se establece, pues, vertical y horizontalmente, *ad intra* y *ad extra*. Los que profesan la misma fe deben vivir unidos entre sí, poniendo a disposición mutua los propios dones; y deben procurar que todo el mundo venga a formar unidad con ellos, para que se instaure el reino de Cristo, se haga un solo rebaño bajo un solo pastor. Y esto deben hacerlo en auténtica comunión de espíritu y de esfuerzos, de oración y acción, con el testimonio de la vida y con el recurso de la palabra y el sacramento.

Comunión viva y vital, pero por el cauce institucional de la Iglesia querida por Cristo, al que debe sujetarse o por el que debe entrar ese espíritu profético, que es patrimonio (el Concilio nos lo ha recordado) no sólo de la jerarquía, sino también del laicado.

Porque los primitivos cristianos sentían así la comunión entre ellos, siguiendo el espíritu de Cristo; por eso su comunidad es

modelo para nosotros y a ella como a fuente hemos de ir a beber el agua pura de una auténtica comunidad cristiana. Estando a lo que nos cuentan los *Actos* (2, 42 y sigs), los creyentes en Cristo perseveraban en la enseñanza de los Apóstoles y en la *koinonia*; palabra de matiz no del todo preciso, pero que parece significar que la unión o convivencia se hacía alrededor de la fracción del pan o eucaristía. Lo que ahora estamos haciendo nosotros. Esa comunión de los primitivos cristianos implicaba una comunicación de bienes y de dones. No había obligación de renunciar, v. gr., a la propiedad, pero cada cual trataba de poner lo suyo propio al servicio del bien común. "Nadie decía suyo a lo que le pertenecía, sino que todo parecía común." Común, no tanto por alienación o enajenación, cuanto por la liberalidad con que todos lo ponían todo al servicio de todos. Eran una comunidad amigable, pues sabido que entre los amigos todo es común, *koinonía philôn*, y en ella había "un alma y un corazón sólo". Todo movido y ordenado por la caridad de Cristo.

La Ciudad Católica se propone como misión una ciudadanía ajustada a los principios de un orden social cristiano. Y para ello lo que debe hacer es crear en sus miembros una conciencia viva del deber en que están de conocer a fondo la doctrina social de la Iglesia, y luego llevarles a un empeño práctico, capilarizado y bajo la personal responsabilidad de cada uno, por convertir en realidad la ciudad de Dios de que nos habló San Agustín.

Dos ciudades, según el Santo, puede construir el hombre sobre la tierra: la ciudad de Dios, edificada por el amor que el hombre le profesa, hasta el menosprecio de sí mismo; y la ciudad del diablo que lleva al hombre a amarse a sí con menosprecio de Dios. Si ponemos primero a Dios, reconociendo su trascendencia y subordinándonos a El como a principio y fin de todas las cosas, seremos obreros de la ciudad de Dios porque trataremos de realizar el orden querido por Dios en su Cristo y nos haremos adoradores en espíritu y en verdad. No dejaremos de trabajar por el progreso de la ciudad terrena, pero la ciudad surgirá con signo y sentido cristiano.

Si ponemos primero al hombre, constituyéndole en centro del

universo y vértice de nuestras aspiraciones, entonces volveremos al paganismo, porque nos convertiremos en idólatras de nosotros mismos, ya que la idolatría no es otra cosa que dar a cosas creadas categoría divina. Es la idolatría que hoy padecemos, y que, como ha notado un preclaro pensador francés, tiene una doble manifestación: teórica o dogmática, una; práctica o moral, otra. Por la primera el hombre se hace adorador de sí mismo; por la segunda, adora al sexo. ¿No incurren en esta doble idolatría muchos que se llaman incluso cristianos, pero a los que el signo secularizador y desacralizador de la época lleva a una verdadera idolatría de la técnica y del sexo?

Nosotros tenemos que reaccionar contra este espíritu desacralizante y antropocéntrico, tan contrario al espíritu religioso y cristocéntrico, típico de nuestra fe y nuestra religión. No hemos de contentarnos con ser hombres cabales, sino que hemos de procurar ser cristianos cabales, en lo privado y en lo social. Con un gran amor de Dios hemos de trabajar por la ciudad de Dios, para que todo en la ciudad terrena sirva a los fines de la gran instauración cristiana predicada por San Pablo: *Instaurare omnia in Christo, sive quae coelis sive quae in terris.*

Para ello no basta la acción y el esfuerzo humano, se necesita la oración y el auxilio divino, el estudio y la contemplación. Sólo así lo que hagamos en el tiempo fructificará para la eternidad. Quiera Dios que estos días de convivencia en el estudio, la oración y el diálogo den temple a nuestro espíritu para trabajar luego como Dios quiere en el edificio de la Ciudad de Dios.